

TESTIMONIO
II JORNADAS DE INTERÉS SOCIAL
PLATAFORMA DE VOLUNTARIADO DE BURGOS

Desde muy pequeño, sentía admiración y respeto por las personas mayores. Desde el principio de mi vida, han sido mis segundos padres, que me criaron y enseñaron la asignatura de la experiencia del mundo real, esa ciencia en la que vas doctorándote a medida que van pasando los años de la experiencia de cada uno.

Hace bastantes años, decidí realizar un curso de formación sobre Alzheimer y otras demencias, ya que era una nueva realidad presente en la sociedad de nuestros días. A raíz del curso, conocí AFABUR (Asociación de Familiares de enfermos de Alzheimer de Burgos). En la Asociación, con mis conocimientos adquiridos en el curso y el apoyo constante de trabajadores del centro de día, empecé a realizar Voluntariado con enfermos de Alzheimer. Había llegado el momento de entender un poco más esta enfermedad neuro-degenerativa, en la que el enfermo sufre una “muerte neuronal”, que le hace desconectar de la realidad que le rodea, que más tarde le impide ejecutar el habla, su movilidad e incluso llega a ser incapaz de ingerir alimento o líquido de forma oral, hasta que su organismo se apaga llegando a una “muerte natural”.

Con ganas de seguir siendo de utilidad, después de un tiempo, la Asociación me propuso seguir realizando la tarea del voluntariado en los domicilios.

El cuidador principal de estas personas, está expuesto a una carga constante durante las veinticuatro horas del día. En el cuidado hay cambios bruscos y menos bruscos, momentos difíciles y más llevaderos, situaciones límite y de culpabilidad.

Por eso, hay una forma de actuar que no siempre es la que funciona, pero que ayuda al enfermo, que es el afecto y la ternura constantemente ofrecida con el cariño, aun cuando su deterioro cognitivo no lo perciba de la misma manera, por eso, el apoyo de todo su entorno es positivo para el enfermo de Alzheimer. De ahí, la carga psicológica, física y social del cuidador se puede ver alterada y necesita sus cuidados, apoyos y respiros.

Ahora empezaba otra etapa, otra forma de ser voluntario con el mismo objetivo, aunque esta vez con doble sentido, el de acompañar a la persona y aliviar al cuidador principal por unas horas.

Encajar bien desde el principio, es algo primordial, ya que darte a conocer a la familia y sobre todo tener empatía con el enfermo, es una tarea que lleva su tiempo y delicadeza, aunque siempre tengas el asesoramiento constante de la Asociación y el apoyo de los familiares.

Empiezas a tratar con ellos y ves como empieza a perder facultades y que el Alzheimer les limita su autonomía y que en ocasiones te hace sentir impotente. Siempre he creído que nuestros mayores son como libros andantes de la cultura de la experiencia, y así fue la lección que me enseñó uno de ellos.

En uno de esos momentos de sensatez, me hablaba de las andanzas de su vida, y hubo una frase que me dijo y que se me quedará grabada de por vida: “Las situaciones que nos presenta la vida, hay que aceptarlas y afrontarlas con resignación, para llevarlas a cabo”.

En esta frase estaba la respuesta de la impotencia que sentía en muchas ocasiones. Saber reconocer y asimilar los problemas y aceptarlos como son. Ese día me volví a dar cuenta de la riqueza de nuestros mayores, de su inagotable experiencia, y sobre todo de su fuente de vida.

Ahora, gracias a su consejo, me ha dado fuerzas para seguir comprometido por la labor, aún viendo que la luz de su vida vaya perdiendo intensidad a cada momento que pasa.

Esta experiencia es la que puedo dar, y si el día de mañana empezamos por algo vital como es la virtud de escuchar y ser escuchados, podremos entender nuestro entorno, ya que sociedad somos todos y si no ofrecemos parte de nosotros, seguirá habiendo colectivos viviendo en soledad, en una realidad, que está presente en nuestra ciudad.

Rubén (AFABUR)